

Mi querido amigo Salterain:

Para que pueda ver Va de ~~X~~ un solo golpe lo lenta que es la mentalidad en vias de rectificación, le remito un artículo del Barón de Seillere ~~X~~, Miembro del Instituto, sobre la ~~X~~ Belleza con mayúscula, según place a esos espíritus que han querido encontrarla de cuerpo entero ya sea en la naturaleza, ya sea en las obras de arte. Se trata del Greco, y de las apreciaciones que a su respecto hace Lalo, brillante universitario y maestro esteta eminentemente como lo clasifica el autor. Puede ver que nos codeamos así con primeros espadas de la mentalidad francesa, y, por lo propio, de la mentalidad mundial. Este artículo, que apareció en Figaro de esta misma mañana, a renglón seguido de la nota de Legueu, en la que aprecia el estado de la campaña financiera iniciada por Roosevelt, para alcanzar por "artificialismo" a recuperar en su país la opulencia, como si fuese éso lo único y mejor a anhelar, me deja ver el estrecho parentesco que se ofrece en los dominios más diversos, cuando se hallan guiados por un "espejismo-prejuicio", como el de la objetividad de nuestros subjetivismos, que es pura falacia. ⁽¹⁾ Y así va el mundo civilizado dando de cabeza contra el muro de la realidad, en vez de marcar el paso en élla, desde que forma parte integrante en la misma, en vez de examinarla serena, objetivamente.

No es preciso acudir al relativismo de Einstein para descubrir que en el "pêle-mêle" humano una obra de arte, por bella que nos parezca, demanda un auditorio ^{o "expectatorio"} ~~otio~~ congénere, en medio de una turba de incomprensivos, para acordar. Graziela, la Fornarina y la Gioconda, que nos han hecho soñar paradisiacamente, quedan incomprendidas por un guaso, un rústico, no ya por "hombre-hotentote", bien que seamos todos ejemplares de la misma especie. No hablemos de esa supuesta objetividad estética, librada al juicio de otras especies, y esto equivale a decir que el esteticismo es simple apreciación individual, por cuanto demanda aportes de orden subjetivo.

El Barón Seillere celebra que Lalo haya descubierto en el arte del Greco, que no alarga todas sus figuras por igual, sino que alterna sus estilizaciones. Nada extraño habrá si ante tal constatación aparece una camada de ingenuos

creyendo haber encontrado el medio de dar cuerpo a la Belleza Absoluta, objetiva, mediante la alternación de sus deformaciones. Y es el cuento de nunca acabar, cuento que se nos viene contando en los siglos de múltiples maneras.

Ahora resulta que el genio no es del Greco, sino de los que lo comprenden y aprecian, por manera que encima de la "gaffe" anterior, va esta otra: No es Paderewsky quien es genial en sus recitales, sino los auditores que se extasian con él. Bastaría con ^{que} se les hiciese pasar por el clavicordio, de uno en fila, para desmontarse del asno, y mandar al demonio ese vocablo "genio" que se aplica tan flojamente.

Se ve claro que es la estopa mental acumulada en el seso humano la que impide ver con despejo, y discernir, aun en las dominios más sencillos, y me pregunto: ¿qué otra medida de cordura se aconseja, que no sea la de verificar previamente las nociones adquiridas, para graduar su consistencia objetiva, ésa que permite compulsas efectivas, no decepcionantes como todo esto de que se trata tan pobremente.

Una cosa es el "hecho", y otra muy distinta su apreciación, por manera que lo juicioso es antetodo percatarse de lo que es hecho y lo que solo es elucubración, ergotismo, juicio, no ya especulación, divagación, impresión. Todo esto es de nuestro deber e interés el verificarlo, para saber si se ajusta al hecho, y el hecho entretanto queda firme, soberano como un peñasco, más aun, dado que al peñasco lo podemos modelar y hacer saltar, mientras el hecho de aquel peñasco ^{veraz,} queda definitivamente, con sus consecuencias, las propias que van diciéndonos que aquel hecho fué, por mucho que haya sido modificado. No ocurre lo mismo con nuestras elucubraciones antojadizas, bien hechos también, ^{que} pero pobres, tristes, infructuosos por cuanto sus consecuencias solo pudieron ser un desvío, un desvío en ese ambiente real que nos cobija, el propio al que debemos esmerarnos en comprender para cumplir nuestro propósito de adaptación, esencial, vital a veces.

Lo abraza muy afectuosamente su viejo amigo.

Pedro Figari
[Handwritten signature]

